

San Juan de la Cruz y la Espiritualidad Liberadora

Segundo Galilea

Profesor de Pastoral en el Instituto Pastoral de CELAM

Los críticos de la teología de la liberación le reprochan, entre otras cosas, un distanciamiento de la teología tradicional católica. La crítica es justa cuando se trata de una "ideología de la liberación", pero en la gran mayoría de los casos no tiene fundamento. En todo caso, habría que decir que tanto la teología como la espiritualidad que hoy se elabora en América Latina, pide una cierta creatividad. Sobre todo después de los requerimientos del magisterio en la Conferencia de Medellín. Esta creatividad está sobre todo en el método, y en el concepto mismo, que se tiene de las tareas de la teología en la Iglesia y en la sociedad latinoamericana.¹

Sucede que la teología de la liberación, y la espiritualidad que brota de ella, son temas, por el momento, de "frontera". De ahí sus búsquedas y los recelos que pueda despertar. Creo sin embargo, que si esta elaboración y acción fronteriza es eclesial, los recelos son vanos y la búsqueda resulta una gracia para la Iglesia de hoy. Por eclesial entiendo la permanente referencia doctrinal y existencial con el centro (la jerarquía). Pues cuanto más un cristiano está en la frontera, más debe cultivar la comunión con el centro. Cuanto más se "crea" en espiritualidad, más fuerte debe ser la referencia a los grandes maestros de la Iglesia.

En el caso de lo que se ha dado en llamar una "espiritualidad de la liberación", nos encontramos precisamente ante esta doble vertiente de la creatividad cristiana: la continuidad con la verdadera tradición católica, y una expresión y formulación que responda a las aspiraciones de los militantes cristianos.

En la primera dimensión creo que la espiritualidad haría bien en redescubrir y releer a los grandes maestros. Es el caso de San Juan de la Cruz que no sólo ha influido en la espiritualidad moderna (v.gr. Sta. Teresita de Lisieux, Carlos de Foucauld. . .), sino que pienso que ha

¹ La idea de una evolución de la teología a través de la historia, tanto en el método como en las tareas que ella misma se asigna, es tradicional en el catolicismo. No es del caso analizar ahora este tema apasionante. Basta con tomar conciencia que en su globalidad el pensamiento cristiano se expresó en los primeros siglos en categoría semitas. A partir del siglo IV se produce el encuentro con el pensamiento greco-romano (particularmente con la filosofía platónica), que el cristianismo asimiló. Lo mismo sucedió con el pensamiento de Aristóteles en la Edad Media, que llegó a dominar y a influir en la orientación de la mejor teología católica. En el siglo XVI, tanto la Reforma como el Renacimiento tuvieron un turbulento efecto en la teología, y más tarde la Ilustración marcó las categorías de la teología europea. A la teología de la liberación habría que situarla en este gran contexto histórico, desde el punto de vista de América Latina.

sentado las bases más hondas de toda espiritualidad cristiana que se quiere "liberadora".

Es bien sabido que la liberación cristiana tiene dos dimensiones, la social y la personal.

Ambas dimensiones de la liberación se pueden distinguir, pero no se pueden separar. En virtud de lo primero, se pueden diversificar acentos, puntos de partida y diversas actividades específicas de la liberación. Existen así caminos de liberación cuyo punto de arranque descansa en la actividad socio-política, económica, etc. . . Otros caminos privilegian la liberación interior, como la evangelización, la conversión y en general la espiritualidad cristiana. Ambos puntos de partida deben tener en cuenta al otro, y reforzarse en la convergencia de la liberación global.

Obviamente, al tratar el tema de la espiritualidad liberadora, acentuamos la vía de la liberación interior, propia de la vida espiritual. Su referencia esencial a las formas de liberación social, aseguran a la espiritualidad, como camino de liberación, su significación y eficacia históricas. Por otra parte, la constituyen como garantía de que la liberación exterior no nos llevará a nuevas formas de egoísmo y pecado, y de que se hace a nombre de Cristo, Señor de la Historia.

Tenemos entonces que convenir que la espiritualidad cristiana es liberadora por su misma naturaleza. Dominada por el dinamismo del crecimiento y la entrega al amor, nos arranca decisivamente del pecado y el egoísmo. Este dinamismo del amor va disolviendo las causas de esclavitud interna, que son a la vez las causas que conducen al hombre a esclavizar a otros. La espiritualidad es la respuesta decisiva a todas las formas de idolatrías y egoísmo personal y social, interior y exterior. "De dónde vienen esas guerras, de dónde esos conflictos entre ustedes? Quién hace la guerra, sino los malos deseos que tienen y entonces matan. Codician algo y no lo consiguen? Entonces discuten y pelean. . ." (St 1,4ss).

En todo el mensaje bíblico, esclavitud interior e injusticia exterior están indisolublemente ligados. Y el remedio para la liberación de ambos es fundamentalmente el mismo: el amor que crucifica el egoísmo. Un amor crucificado en el corazón del hombre y en el seno de la historia es el aporte de la espiritualidad cristiana a la causa de la libertad.

Si en este contexto entendemos la espiritualidad como un progresivo camino de libertad interior, la línea espiritual de San Juan de Cruz tiene hoy mucho que decir al hombre moderno, y especialmente a aquellos cristianos empeñados en lo que podríamos llamar una "espiritualidad de la liberación".

1. *La libertad radical en la espiritualidad de S. Juan de la Cruz.* A primera vista, al conocedor lejano o superficial del Santo Carmelita la afirmación podría parecer forzada. Parecería que su doctrina, a fuerza

de insistir en las negaciones, fuera deshumanizante. Que la alta mística que propone, por lo mismo fuera incapaz de repercusiones históricas. Su lenguaje parecería impenetrable al hombre moderno.

No entramos aquí en la clave genuina para interpretar los escritos del santo. Su estilo, por lo demás, en su origen quedó mutilado por influencia de teólogos escolásticos y de la Inquisición. Ello hace difícil de entrever las verdaderas fuentes de su tradición mística, y la pureza de sus categorías bíblicas. Sorprendentemente, a menudo que sus escritos se depuran, se renueva la teología espiritual moderna, y se buscan compromisos radicales en el cristianismo, la actualidad de sus intuiciones y aún de sus simbolismos alcanza toda su estatura.

San Juan de la Cruz es antes que nada un místico y un contemplativo en el más auténtico sentido cristiano. A pesar de las preocupaciones sistemáticas de sus obras, nos transmite una experiencia espiritual, más que nociones. En ella, la experiencia de una fe sumamente viva se confunde con la experiencia de un amor extremadamente generoso. Porque el místico es aquel que ha hecho de la vivencia de su fe y su amor una sola cosa, y en ella se funden sus convicciones y la praxis de su vida. Es un místico porque para él la plenitud del amor va a coincidir con la plenitud de la libertad. Toda mística, aún la no cristiana, es una búsqueda de liberación interior, y para el santo carmelita la cúspide de la libertad está en la cima de la montaña del amor. Todo su camino espiritual - que él mismo simbolizará como una ardua subida al monte - consiste en hacerse progresivamente libre en el amor. Pero para ello es necesario pagar el precio de esta libertad interior. Este no es otro - y en esto el santo está en la más pura línea del Evangelio - que la radicalidad de la fe y la radicalidad de la cruz. No se entiende el sentido de su espiritualidad liberadora sin su teología de la fe y de la cruz, cuya radicalidad vuelve a atraer hoy la atención de teólogos y militares cristianos.

Su teología de la fe pasa por el simbolismo de las "noches", de la provisoriedad o negación de toda experiencia espiritual que no esté radicada en la pura oscuridad de la fe. Sólo en la muerte nocturnal de toda experiencia imperfecta del amor de Dios, el hombre puede encontrar a Dios mismo, alcanzable sólo en esta noche - luminosa - de la fe. Porque Dios es el único absoluto; porque El es irreductible a cualquier mediación puramente humana, la búsqueda de este absoluto de Dios exige una fe progresivamente "absoluta" y radical.

Para el santo castellano la experiencia contemplativa del absoluto de Dios es la misma experiencia de la fe. Esta experiencia es la única, sobre la tierra, que nos capacita para relativizar, todo aquello que no es Dios. En la medida que el absoluto de Dios penetra en una espiritualidad, se relativiza todo "ídolo" interno o externo, toda forma de esclavitud, toda raíz de pecado. Se produce la liberación, por cuanto el que ha tenido esa experiencia radical de Dios, ya no se "arrima" o esclaviza a

creatura alguna. "La verdad os hará libres" encuentra aquí su más profunda interpretación espiritual.

La otra disposición radical para la experiencia liberadora de Dios, es la cruz. Su teología de la cruz pasa por el simbolismo de las "nadas". En el carmelita, las "nadas" no son la muerte de los valores. Son las "muertes" de las formas sutiles del egoísmo que reina en nosotros, por las crucifixiones sucesivas de sus raíces pecaminosas. En la realidad humana, no hay manera de llegar a la libertad del amor sin destruir las tendencias que lo esclavizan, a través del camino, también oscuro y radical, de la cruz. Su espiritualidad de las "nadas", de las "muertes" y de la cruz, es la espiritualidad de la más perfecta liberación interior, en la experiencia de un amor liberado por el encuentro con el absoluto de un Dios crucificado.

2. *La liberación en la simbología mística del santo.* A fuerza de ser un místico, San Juan de la Cruz es un poeta. Si ello puede haber sido una dificultad para la teología decadente de la contrarreforma, hoy constituye una gran ayuda para su genuina interpretación, y un punto muy importante de afinidad con la mentalidad del hombre moderno. Porque es un poeta, su espiritualidad está cuajada de símbolos, y sabemos que los símbolos son más ricos que las naciones. En esto, una vez más se aproxima a las actuales tendencias de la espiritualidad contemporánea (tanto cristiana como secular), que tiende a recuperar el valor significativo de la simbología.

La relectura de la simbología espiritual del santo, al interior de nuestras actuales preocupaciones de una "espiritualidad de la liberación", puede ser sumamente esclarecedora.

Tenemos primeramente los símbolos del "éxodo" y la "noche". Para el reformador carmelita el sentido bíblico del éxodo y del exilio son coincidentes, y en esto se aproxima a nuestros teólogos de la liberación. La espiritualidad del éxodo implica provisoriedad, nomadismo espiritual, ir siempre "más allá". Esto es propio del camino del espíritu según San Juan de la Cruz, en la búsqueda de la libertad y del absoluto de Dios, sin quedarse en las mediaciones. El exilio de sí mismo coincide con el encuentro contemplativo con el Señor. Este exilio, este éxodo, mientras duren las esclavitudes del espíritu, se da a través de la "noche". Noche hecha de ausencias y presencias de Dios, momentos de luz y de oscuridad. Porque el camino del exilio hacia la liberación goza ya del anticipo de la experiencia del amor liberado, pero al estar envuelto en la fe y en la cruz, esta experiencia es aún oscura, marcada con la insatisfacción de la ausencia del Amado.

En segundo lugar, la espiritualidad liberadora de San Juan de la Cruz está dominada por el simbolismo de la "montaña" y las "nadas", al cual nos hemos referido hace un momento. Ambos símbolos dicen relación al proceso arduo de liberación del espíritu —la subida a la

montaña— de las esclavitudes y apegos que opacan su capacidad para la entrega libre en el amor. Esta no se conseguirá hasta que “nada” se interponga en esta ascensión del hombre a Dios, y en esta exigencia el santo es radical. Para él, una cadena o un hilo impiden igualmente la ascensión a la montaña de la perfecta libertad. En éste se sitúa una vez más en la más pura línea del Evangelio: “El que no renuncia a todo lo que posee, no podrá ser mi discípulo. . . El que quiere conservar su vida, la pierde. . .” La libertad ofrecida por Jesús implica el aniquilamiento de los aparentes valores del hombre viejo.

El tercer simbolismo es el de la “soledad”, que en el lenguaje poético del santo es una *“soledad sonora”*. Este símbolo es sumamente rico, y aproxima al carmelita, nuevamente, a los temas más significativos de la espiritualidad moderna.

Otros maestros de la espiritualidad han utilizado el símbolo del “desierto” para expresar la misma experiencia espiritual. En San Juan de la Cruz, la soledad es ante todo una experiencia mística. Nos introduce nuevamente en la dialéctica del camino de la libertad y del amor, hecho de experiencias de presencias y ausencias. La soledad —el desierto— es la actitud del despojo, de situarse en la verdad, sin apegos ni ilusiones, delante de Dios. Es la pobreza radical, por la cual esperamos que la libertad del amor se nos dé como un don gratuito, al cual sólo nos podemos disponer. Es la experiencia de nuestra impotencia y de nuestra limitación para vivir la exigencia de las “nadas”. Es el imperativo del silencio interior para poder escuchar a Dios.

Si la vertiente de “ausencia” que encierra la soledad y el desierto nos despoja radicalmente, y tiene afinidad con la experiencia espiritual de la noche, las “nadas” y la cruz, su vertiente de “presencia” la llena de la plenitud de Dios, del amor y de la libertad radical. Esta última experiencia, es la que distingue la mística cristiana de la soledad y el desierto, de todo otro tipo de “mística”. La soledad del contemplativo cristiano está llena de Dios, y nos arranca por lo tanto del egoísmo espiritual y del repliegue en nosotros mismos. Esta “plenitud” de la soledad genuinamente cristiana —que el místico español poéticamente llama “soledad sonora”, es decir, llena de la voz de Dios que nos llama al amor total— hace de ella una experiencia de “presencia” exigente a todas las realidades, a Dios mismo, a los hombres, y a las formas de compromiso a que nos arrastra un amor verdaderamente libre.

El simbolismo de la libertad espiritual del santo carmelita culmina con las imágenes de la *“llama”* y de las *“nupcias”*. Ellas son experiencias de presencia, de plenitud, de amoroso encuentro con Dios a través de la noche luminosa de la fe. Son símbolos de unión en el amor, de comunión. De la libertad del espíritu, que es ya capaz de entregarse con un amor gratuito. Porque la gratitud en el amor, el no buscarse ya a sí mismo, es la forma suprema de la entrega a Dios y a los demás, de la libertad. Gratitud, amor y libertad se confunden en la mística cristiana,

y San Juan de la Cruz simboliza esta experiencia alternativamente con la llama y con las nupcias. En esta elección es nuevamente auténticamente bíblico, siguiendo tanto el Cantar de los Cantares, la simbología de los Profetas y las parábolas del Reino.

También es auténticamente representativo de la espiritualidad moderna. Como reacción a una sociedad pragmática y utilitaria, ésta ha recuperado el sentido espiritual de la fiesta, del don gratuito, de la adoración, del valor del amor en sí. De lo contemplativo. Aunque a menudo estas tendencias espirituales han encontrado cauces puramente "seculares", tiene profunda afinidad con la mística cristiana del amor gratuito, y con la simbología del santo.

3. *La vertiente profética en la espiritualidad de San Juan de la Cruz.* Ante el camino de la libertad interior que nos propone el místico carmelita, podríamos preguntarnos dónde quedan las dimensiones de la liberación "exterior", el compromiso histórico y profético. Es que su liberación es puramente personal? En esta hipótesis, la mística de San Juan de la Cruz sería sospechosa. No encajaría en la tradición mística tanto bíblica como histórico-cristiana, en que la mística y profecía van unidos, y en que lo místico está sometido al realismo de la Palabra de Dios y de las exigencias de un evangelio encarnado en la historia. Contemplación y compromiso profético son uno en la mística cristiana, y por lo tanto en una espiritualidad liberadora.

Pero el reformador carmelita fué también un profeta, y su mensaje espiritual es "exteriormente" liberador. En ello es un buen discípulo del profeta Elías, cuya experiencia de Dios lo condujo alternativamente a la contemplación de Dios en el desierto y al enfrentamiento con los abusos religiosos y sociales del Reino de Israel. En la soledad del desierto Dios le manifestó su rostro (1 R 17,2 ss.; 19,4-8), y esta experiencia mística lo abrasó por el celo de su gloria (1 R 19,10), lo llevó al compromiso profético. Liberado por este encuentro con su Señor, Elías es capaz de enfrentarse con una sociedad religiosa decadente, llena de falsos profetas y de cultos idolátricos.

En esta misma línea el santo castellano es un profeta, porque es un Reformador religioso. Trabajó en la liberación en esa línea, que constituía para él un signo de los tiempos. No podemos exigir de él el lenguaje, la sensibilidad y los contenidos del compromiso que hoy se dan entre nosotros, porque sus condiciones históricas fueron totalmente otras. Nos interesa el profetismo liberador que brotaba de su experiencia mística, y no sus modalidades concretas. En su contexto y formación, la causa profética del carmelita era la causa de la reforma religiosa.

Como reformador, sufrió la suerte de los profetas. La soledad, la incomprensión y la persecución. La puesta en sospecha de parte de muchos eclesiásticos, en una época en que el misticismo, y su teología radical de la fe y de la cruz podían tener un sabor luterano. Sin embar-

go, su incuestionable fidelidad a la espiritualidad del Evangelio, y su identificación con la mejor tradición del profetismo místico cristiano, en que toda experiencia espiritual está en dependencia de la Palabra de Dios y de la Iglesia, hicieron que tanto su doctrina como su causa se impusieran. En esto también el santo es un modelo de profetismo católico.

Hoy día muchos cristianos buscamos un camino de espiritualidad que a la vez de responder a todas las aspiraciones de liberación de los hombres, a la vez de ser creadora y fuente de profetismo, esté enraizada en la auténtica tradición mística cristiana. Somos conscientes que cuanto más entramos en caminos nuevos y en experiencias creadoras, tanto más necesitamos el contacto con la verdadera tradición espiritual de la Iglesia y recibir la inspiración de sus grandes maestros. Por eso creemos que el místico español tiene plena vigencia, y que su relectura a partir de nuestras categorías y preocupaciones actuales puede hacerlo fascinante para las nuevas generaciones.

La radicalidad de su fe y de su amor, su teología de la cruz, su énfasis en la libertad del espíritu como la cúspide del ascenso espiritual, su simbolismo místico que se identifica con los grandes temas de la espiritualidad contemporánea, constituyen a San Juan de la Cruz como un precursor de una espiritualidad de la liberación.